





EL SECRETO
DE TURANDOT



Elisa Santos

EL SECRETO
DE TURANDOT



Primera edición: febrero de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elisa Santos

ISBN: 978-84-16824-28-1

ISBN digital: 978-84-16824-29-8

Depósito legal: M-42153-2016

Editorial Adarve

C/ Alameda del Valle 34

28050 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A María Isabel Mocha
y José Daniel Gallego*



Qué cerca piensa el hombre en su juventud que está la meta. Esta es la más bella de todas las ilusiones con que la naturaleza ayuda a la debilidad de nuestro ser.

F. HOLDÄRLIN



UNO

Da igual los años que uno lleve en esta profesión. Salir a escena da miedo, no es de esos miedos paralizantes que te impiden reaccionar, más bien se trata de un temor similar al vértigo. Al principio a casi todos nos tiembla la voz por los nervios, pero luego aprendes a controlarlo o en el peor de los casos a disimular.

Cada uno tiene sus manías y obviamente yo tengo las mías. En los instantes previos me vuelvo irascible y admito que a veces soy intratable. Mis compañeros lo saben y si pueden me evitan. Por lo general tengo buen carácter, eso dicen. A lo mejor no es más que una impostura, creo que mi verdadera personalidad solo sale en estos momentos de presión, pero eso me lo callo.

En esencia me dedico a cantar, soy barítono. Amo la música clásica desde que tengo uso de razón y he conseguido, a mis treinta y cinco años, cierto éxito a nivel nacional. La mía no es una profesión fácil. El mundo de la ópera es exigente, a veces incomprendido y sobre todo complicado, aunque al final siempre es el público el que te aporta la fuerza necesaria para continuar. Cuando termina la función y se encienden las luces suelo observar sus caras, las hay para todos los gustos, algunas son de contenida emoción, otras de alegría desbordada, pero también se ve a más de uno como si acabara de despertar con los aplausos. Así son los efectos de mi oficio, algo variados.

La gente te observa y tú los miras. Muchos han oído hablar de ti, conocen tu trayectoria profesional, pero por fortuna apenas saben nada de tu vida. Se limitan a juzgar lo bien o lo mal que se te han dado las cosas ese día en el escenario y luego te olvidan. Casi lo prefiero, al fin y al cabo, la nuestra es una popularidad discreta. La mayoría de los que nos dedicamos a esto disfrutamos de un relativo anonimato, y eso se agrade-

ce sobre todo cuando hay asuntos que uno no tiene especial interés en que salgan a la luz.

¿Pero y si esa popularidad te acercara sin saberlo a alguien que no esperabas volver a ver?

A veces hay épocas de la vida que yacen olvidadas, que se alojan en una parte recóndita de la memoria aguardando un suceso que las haga renacer.

De eso va esta historia. Una historia que tuvo su inicio ¿o debería decir su final? en la noche del estreno de la ópera *Tannhäuser*. Sucedió justo al término de la representación y lo que allí ocurrió me dejó sin palabras. El hecho en sí fue efímero, casi como un sueño, pero era un sueño muy lejano cuyo origen se hallaba en un tiempo remoto, en unos años de mi vida decisivos y complicados, donde yo aún no era el que supongo que ahora soy, y donde mis inseguridades se hicieron tan grandes como cada uno de los errores que fui capaz de cometer.

Pero de eso ya hablaré más adelante, he de volver a la noche del estreno de *Tannhäuser*.

Conviene aclarar que no es una obra fácil ¡Cómo iba serlo siendo Wagner! Ese esfuerzo, esa dificultad, fue aclamada por un público que nada más concluir el tercer y último acto se entregó incondicional en un estallido de júbilo, en una ovación tan intensa que el teatro entero parecía que se fuera a venir abajo por la sonoridad de aquellos vítores.

Era una noche especial, los que estábamos allí presentes lo sabíamos, por eso cuando llegó mi turno y fui aplaudido, tal vez con más generosidad de la esperada, sonreí y en un gesto agradecido me llevé la mano al corazón.

Entonces dirigí la mirada hacia las primeras filas del teatro y es cuando vi a una mujer que me resultó vagamente familiar. Fue un pálpito fugaz, por eso volví a fijarme en ella y al hacerlo por segunda vez sentí algo extraño, pero no entendí por qué.

Su atractivo era innegable, pudiera ser esa la causa de que me llamara la atención, pero había algo más. No recordaba haberla visto nunca; sin embargo, era como si ya la conociera.

¿Quién era esa enigmática mujer?

Los aplausos no cesaban y yo intenté disimular esa rara sensación mirando hacia otro lado, pero no pude. Una fuerza misteriosa me arrastraba hacia el lugar que ella ocupaba.

La volví a mirar y debí palidecer cuando sus ojos se clavaron en los míos.

Me sonrió y el pulso se me aceleró. En ese instante supe que ella también me conocía. El poderoso magnetismo de aquella mujer era extraordinario. ¿Quién era y por qué no podía recordarla?

Perdí la noción del tiempo, ni siquiera oía ya los aplausos. Entonces nuestras miradas se volvieron a cruzar y esta vez me hizo una señal. Sentí vértigo y miedo, el mismo vértigo y miedo que me precede antes de cada función.

—Lucien, ¿estás bien?

Yo reaccioné avergonzando.

—No es nada —contesté.

—Estás blanco como la pared.

La que acababa de hablarme era María, después llegaría su ovación, sin duda la más esperada, pues era imposible no rendirse ante la voz de una de las mejores sopranos del país, por eso los gritos de ¡bravo! no tardaron en oírse y un clamor estrepitoso inundó todo el teatro.

Pero yo no podía dejar de pensar en aquella mujer.

Volví una vez más la mirada hacia su asiento y vi que seguía allí de pie. En ese preciso instante ella me mostró algo que apenas acerté a distinguir, me pareció que era un libro, lo que no hizo sino aumentar más mi desconcierto. ¿Qué me quería decir?

Entonces cayó el telón.

Yo seguía perplejo.

Cuando fui capaz de reaccionar abandoné el escenario y salí corriendo. Lo único que sabía era que tenía que acercarme cuanto antes al patio de butacas porque sospechaba que, si no era rápido, ella iba a desaparecer. Ni siquiera me cambié de ropa, no había tiempo para eso. Sin embargo, a medida que avanzaba me asaltaron las primeras dudas.

¿Qué la iba a decir?

Vacilé al sentir cierto recelo. Me había sonreído y después me había mostrado aquel objeto, de eso estaba seguro, ¿realmente lo estaba? A lo mejor no iba dirigido a mí, sino a otro. Al fin y al cabo, yo no era el único en el escenario.

Pudiera ser que la emoción del estreno y los nervios me hicieran ver lo que no era. Me sentí indeciso. El mismo esfuerzo por creer que mi in-

tuición era cierta, me llevaba a pensar en el ridículo que haría si me había equivocado. No era muy halagüeño. El barítono engreído se largaría de allí abucheado y hasta podía escuchar mis propios silbidos.

Pero seguía teniendo una corazonada, y la corazonada aún se hizo mayor cuando llegué a la butaca donde había visto a la mujer. Ella ya no estaba y fui capaz de imaginar que por más que buscara ya no iba a dejarse ver.

Miré debajo del asiento convencido de que me había dejado algo, tan seguro estaba que pensar en ello todavía me da miedo.

Ya no dudaba de que era a mí a quien había mirado. Y lo supe porque si bien mi cabeza aún no la recordaba, mi corazón ya lo acababa de hacer.

Me estremecí de arriba a abajo, después cogí el libro que ella había escondido bajo la butaca y lo abrí. No sabía que dentro, en una antigua nota, aguardaba la respuesta. Lo que estaba dibujado en ese papel me parecieron que eran unos simples garabatos, pero justo en el medio, en un pequeño espacio en blanco se leían tres palabras:

Violeta Sangre Turandot

Tardé en comprender, pero en cuanto fui capaz de desvelar el misterio que ocultaban esas letras, mis pensamientos comenzaron a volar vertiginosamente. Aquellas palabras habían sido escritas por mí veinte años atrás. Mis manos aún temblaban cuando volví a guardar el papel, y no dejaron de hacerlo hasta que supe que por más que buscara ella no iba a aparecer.

Curiosamente la noche del estreno de *Tannhäuser*, yo ya solo fui capaz de pensar en la ópera de *Turandot*.

Y entendí mejor que nunca aquello que alguien me dijo una vez.

«Esa ópera lo tiene todo, la ciudad prohibida de Pekín, los tres acertijos, la enigmática belleza de la princesa, la valentía de Calaf, el misterio de su nombre y hasta el triunfo del amor. *Turandot* tiene magia, esconde no uno sino muchos significados. Es una obra que merece ser vivida porque no ha nacido para ser memorizada. La música clásica hay que sentirla, tiene que provocarte emociones, tiene que estremecerte, debes notar cómo los ojos se te humedecen, cómo el bello se te eriza y cómo un nudo en la garganta casi no te deja respirar.

»Cada ópera es una metáfora de la vida, un retazo de la existencia humana, un momento sublime donde confluyen lo mejor y lo

peor del individuo. Las grandes pasiones, los celos, la venganza, la mentira.

»Así es la ópera y para entenderla debe ser vivida. Mientras asistimos a ese espectáculo debemos ser nosotros los que estemos en el escenario. Para comprenderla en todas sus vertientes hay que sentirse protagonista».



DOS

Moliner repetía las mismas cuatro palabras sin cesar, cuando desde el jardín alguien sobrealzaba la voz y le gritaba «¡Lorito!» él respondía: «¡Lorito! ¡Cotorra! ¡Papagayo! ¡Cacatúa!». Si le preguntaban al dueño de tan singular animal por esa extraña habilidad, solía contesta con una frase de Virgilio que explicaba cómo a base de esfuerzo había logrado que su loro hablara así de bien.

El padre Eusebio era un hombre de mediana edad y rasgos amables, tenía el pelo canoso y una expresión en la mirada algo distraída. Sus distinguidos ademanes le daban un aspecto de hombre sabio, discreto y reservado. Partidario de hablar poco, rara vez interrumpía pues había adquirido de los libros la singular capacidad de escuchar que generaba un efecto curioso, como si, después de todo, también leyera a las personas. El sacerdote solía asomarse a la terraza cuando Moliner era llamado por los paseantes y casi siempre aprovechaba la ocasión para comentar las ventajas que tenía el que alguien, incluido un loro, hablara con propiedad.

—Todo lo venció el ímprobo trabajo —insistía pausadamente.

Llevaba viviendo en la Residencia desde hacía veinte años. Ocupaba un pequeño apartamento situado en la primera planta del edificio en el cual se refugiaba cada vez que sus obligaciones no se lo impedían. Le gustaba la soledad, pero siempre estaba dispuesto a escuchar a todo aquel que le necesitara, de forma que con frecuencia ejercía el oficio de psicólogo y confesor de manera yuxtapuesta. Cuando hacía buen tiempo acostumbraba a sacar a Moliner a la terraza y entonces se dedicaba a observar con ojo avizor el universo que se movía bajo sus pies. Solía decir que amaba el ejercicio de la simple contemplación, por eso disfrutaba viendo desde la terraza el jardín, de dimensiones considerables, que

bordeaba el edificio, así como su larga hilera de árboles que sombreaba un serpenteado camino de albero salpicado por aherrumbrados bancos antiguos. Yo no era más que un niño pero recuerdo haberle visto sentado en alguno de esos bancos, observando la espléndida fachada de piedra de aquel antiguo palacio decimonónico convertido ya entonces en una Residencia.

Tenía el edificio tres plantas; de los techos, elevados al gusto de la época y adornados con espléndidos artesones, colgaban hermosas lámparas de cristal que iluminaban sus salas decadentes. Aquí y allá se veían ancianos postrados en butacas en un falso estado de meditación, otros, los menos, paseaban siguiendo el ritmo pausado que marcaban su bastón. Supongo que todos esperábamos algo, aunque durante el tiempo que permanecí entre ellos me resultó imposible saber el qué. Claro que yo sólo tenía quince años.

Los fines de semana nos acercábamos hasta la Residencia mi padre, mi hermana Musetta y yo. El solía aparcar el coche en las inmediaciones y allí se quedaba leyendo el periódico, mientras que nosotros atravesábamos la entrada para después aguardar en la Recepción hasta que mi madre finalizaba su jornada de trabajo. Aquella espera se me hacía interminable porque en cuanto me despistaba un poco mi hermana, que era pequeña, enfilaba a trompicones por el largo pasillo que iba desde la entrada hasta lo que era el inicio de una imponente escalinata. Me veía obligado a tener que salir corriendo detrás de ella, pero lo cierto es que siempre se detenía justo al comienzo de la escalera y parecía como si un cerco invisible le impidiera seguir avanzando.

Yo tampoco pasaba de ahí, lo único que sabía era que los escalones se bifurcaban a derecha y a izquierda y que conducían hasta el llamado Módulo Azul situado en la primera planta, lugar donde mi madre ejercía su trabajo de enfermera. Esos eran todos mis conocimientos de aquella Residencia y creo que si por mí hubiera sido jamás habría querido saber más; sin embargo, no tuve más remedio que adaptarme a las circunstancias por culpa de algo que hice y cuyas consecuencias acabaron llevándome irremediabilmente hasta su interior.

En realidad todo comenzó por casualidad.

Sucedió mientras leía un artículo en una página de internet que hablaba de una práctica cada vez más habitual entre los jóvenes anglosajo-

nes, que poco a poco se había ido extendiendo por nuestro país, y que consistía en tomarse un año sabático.

«¿Quién no ha soñado alguna vez con romper la rutina y alejarse de la vida cotidiana al menos unos meses?»

Suspiré profundamente al leer esa pregunta porque entre esos dos interrogantes se hallaba condensado el mayor de mis anhelos, ser libre era algo con lo que había soñado, no una sino mil veces, y me daba cuenta de que no debía ser el único ya que según decían cada vez había más gente que se tomaba períodos voluntarios de descanso, en el trabajo o en los estudios, para dedicarse a crecer interiormente empleándose en hacer solo aquello que les gustaba. Comentaba aquel artículo que tres eran los rasgos comunes en ese tipo de personas: el espíritu aventurero, las ganas de aprender y la imperiosa necesidad de cambiar, no haciendo mención alguna de la edad.

Pues bien, me leí cuidadosamente aquel artículo y cuando lo terminé no sé qué me pasó, pero sí recuerdo que me sentí reacio ante aquellas primeras ensoñaciones a las que, sin darme cuenta, me iba abandonando. Dudé de ellas porque me abrían una puerta imaginaria que me separaba de una parte de mí mismo que hasta ese momento me pertenecía por pleno derecho. Traté de atemperar los ánimos pero no pude porque en mi interior un ejército imparable avanzaba pidiéndome explicaciones, y yo, que tenía tan solo quince años era incapaz de dárselas, pero sí que recuerdo que en medio de aquellas cavilaciones me sentí vulnerable y a la vez extrañamente invencible. Era la primera vez que me juzgaba a mí mismo, y aquel día mi sentencia fue como una prerrogativa. Declamé a los cuatro vientos la libertad porque me sentía atado, aun sabiendo que dentro de esa cadena que me asfixiaba estaban ensartadas una a una todas las normas que evidentemente yo estaba obligado a cumplir. El lastre de la infancia me atormentaba desde hacía tiempo y aunque deseaba soltarlo de una vez por todas, el momento de hacerlo parecía no querer llegar.

Y fue al leer aquel artículo que lo comprendí. Tenía que romper la rutina y para lograrlo debía antes convencerme a mí mismo de que se podía hacer. Necesitaba urgentemente un año sabático para sobrevivir, aquel día lo percibí con tal claridad que me asusté y aunque era consciente de la necesidad vital de hacerlo, no por ello dejé de temer las con-

secuencias desde el primer momento. Yo no era un vago ni un descerebrado, así que bajo ningún concepto debía transmitir esa idea. Me jugaba mucho con aquella decisión y era fundamental que quedaran todos los cabos bien atados.

Por esa razón en los días sucesivos me dediqué a realizar todo tipo de labores de investigación, fui descubriendo cosas muy curiosas, averigüé por ejemplo que esta práctica no era nueva sino que se remontaba a la época de los hebreos, quienes acostumbraban a tomar el séptimo año de cosecha como descanso. Fui leyendo testimonios muy valiosos de personas que, al igual que yo, habían sentido la imperiosa necesidad de dedicarse a ellos mismos durante un período de tiempo, y el resultado era asombroso porque todos afirmaban haber crecido interiormente.

Me hubiese gustado viajar pero era algo que estaba fuera de mis posibilidades, aunque no iba a renunciar a ello, es decir, lo haría a través de los libros y la música clásica; mis dos aficiones preferidas. Me fascinaba la ópera así que me emplearía a fondo en memorizar una a una todas mis favoritas. Leería novelas y libros de viajes, dedicaría jornadas completas a aprender aquello que realmente me interesaba, viviría durante un año como un hedonista llevado por el simple placer intelectual. Me sabía un buen estudiante, por esa razón a medida que pasaban los días dejé de pensar en las consecuencias que podía tener mi pequeña moratoria si con ella lograba salvarme a mí mismo.

Cuando descubrieron el alcance de mi año sabático todos trataron de mostrar cierta connivencia conmigo, quizá porque imaginaban que yo desistiría pronto de hacer una cosa así, pero en algo se equivocaban porque no estaba dispuesto a cambiar de parecer. Después de eso las cosas no hicieron más que empeorar, así que me tuve que enfrentar al mundo y defenderme de éste rebatiendo toda clase de acusaciones. Me tachaban de inmaduro, decían que sólo trataba de llamar la atención, se referían a mí como un niño mimado, y en todas esas ocasiones sentía la punzada de la incomprensión, sobre todo porque mis padres pensaban que aquello no era más que una cabezonería mía, un capricho, un lamentable error producido por el exceso de información mal interpretada. Más tarde alguien me preguntó hasta dónde pensaba llegar con aquella ridícula extravagancia y aunque entonces suponía que mi actitud displicente se alejaba de lo convencional, ni siquiera traté de justificarme, ya no mere-

cía la pena. Era un conflicto irresoluble, un monólogo constante que a fuerza de repetir sólo tomaba sentido en mi interior. Me sabía más libre, pero también más solo. «¿No comprendes que nadie se puede permitir un año de descanso a tu edad?», me repetían insistentemente. Pero yo no lo podía entender. Sin embargo, el que mis padres toleraran de mala gana mi comportamiento era algo con lo que no había contado. Esperaba la aprobación familiar por convencimiento pero no por agotamiento, pues sabía que esto último no me beneficiaba en absoluto, quiero decir con ello que conocía perfectamente lo que significaba esta falsa ventaja que parecía llevarles, y pese a que mi actitud seguía siendo, al igual que la de ellos, idéntica, ya empezaba a prepararme para las consecuencias que un acto así debería tener.

Me dejaron hacer lo que quise hasta poco antes del verano y durante ese tiempo supe disfrutar de mi año sabático, pero sabedor de lo que podría sucederme en adelante, ya iba barajando diferentes posibilidades sobre mi futuro más inmediato. Imaginaba que acabaría en un internado, tanto es así que al cabo de unas semanas casi lo contemplaba como la única opción posible. Terminé por aceptarlo sin mayores problemas, allí conocería a otra gente de mi edad y sería poco más o menos como ir de campamentos. Además, yo solía hacer amigos con extraordinaria facilidad, sabía manejar la situación cuando era necesario y apuntaba ya un carácter recio que los demás adivinaban enseguida, lo cual me permitía ejercer el control sin ningún esfuerzo. Estaba acostumbrado a que las cosas siempre salieran como a mí me parecía. Pensaba que si el precio que tenía que pagar por haber sido yo mismo era ese, ¡adelante! Iría con la cabeza bien alta, al fin y al cabo ya era mayor para asumir ciertos actos.

Recuerdo que poco antes de la llegada del verano me encontré con el padre Eusebio en la Recepción de la Residencia. Mi hermana estaba especialmente inquieta ese día y yo era incapaz de controlar ninguno de sus movimientos. Era una desesperación, se subía por los sillones y se burlaba de mí constantemente. Admito que estaba como loco por salir de allí en cuanto mi madre apareciera, y lo cierto es que había coincidido con el sacerdote en otras ocasiones, pero ese día se acercó a mí con curiosidad.

—No comprendo cómo has podido tomarte un año sabático a tu edad —me dijo gravemente.

Yo, que andaba más pendiente de que Musetta no revolucionara la Recepción, le respondí casi sin mirarle que no era el único puesto que nadie lo había logrado entender.

Movió la cabeza con un raro cabeceo, como si quisiera añadir algo más, pero finalmente hizo un gesto de negación y se retiró; sin embargo, al rato se dirigió de nuevo a mí.

—Cualquier lugar, incluso éste, es bueno para la reflexión.

Enfatizó tanto el «incluso éste» que en otras circunstancias me hubiese visto obligado a dudar del sentido de aquella frase, pero Musetta era mi prioridad y no le concedí la importancia que se merecía. Y debí dársela, puesto que el padre Eusebio acababa de leerme mi sentencia. Estaba decidido, mis dudosos campamentos tendrían lugar dentro de aquellos muros de senilidad. Acababa de tomarme un año sabático y por esa razón me iban a encerrar todo el verano. Me temo que el que había escrito aquel artículo en internet se olvidó mencionar que algo así podía suceder.

—Tú te lo has buscado —me dijeron mis padres días más tarde.

Por mi parte no hubo chantajes, ni lloros, ni miradas que escondieran una sola muestra de rencor. Eso ya llegaría después. Era orgulloso así que mostré toda la entereza que pude, sin saber que pronto dejaría atrás ese empeño constante por recordarme a mí mismo que debía ser fuerte. Odiaba ese lugar incluso sin haber ido más allá de la Recepción.

Pronto supe que me habían asignado, como si fuera el peor de los presos, la habitación número 47 que a la sazón era la más apartada de todo el Módulo Azul. En ella iba a pasar buena parte del verano. Hubiera deseado un juicio algo más justo, pero sabía que no lo iba a tener. Había gozado de demasiados privilegios durante mi año sabático, y todos y cada uno de ellos acababan de esfumarse sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Supongo que en el fondo yo esperaba que las cosas salieran de manera diferente, quizá porque, como dijo el filósofo Sartre, solamente era un soñador, que como todos los soñadores, confundió el desencanto con la verdad.

TRES

Aquello era deprimente, el tedio más absoluto lo llenaba todo durante las primeras jornadas de encierro en la Residencia, no sabía qué hacer y aunque tenía obligaciones que cumplir las ignoraba. Me revelaba contra mi soledad con la misma fuerza que meses atrás había luchado por defender mis ideales, pero incluso estos parecían haberme abandonado ante la visión de aquella habitación desangelada. No me extrañó, se fueron sin rencor, mis ideales me habían rogado un despido limpio y yo se lo di, ¿qué otra cosa podía hacer? Me sentí desamparado al saber que debía enfrentarme a una realidad que no me gustaba pero que, debido a mi mala cabeza, me habían obligado a aceptar. Hubiese querido escupir toda mi rabia allí mismo porque no soportaba ese ostracismo, no soportaba la idea de que ya nadie de mi entorno me prestara atención.

Mi única distracción autorizada era la visita diaria que le hacía al padre Eusebio y a su loro Moliner, todo lo demás me estaba prohibido, así que dado que mi vida social comenzaba y terminaba allí, procuraba optimizarla al máximo, aunque a veces, antes de volver a mi habitación me escapaba un rato al jardín, y así, en medio de mis ensoñaciones de paseante solitario deambulaba sin prestar la más mínima atención a la gente que se cruzaban conmigo. Nada me interesaba demasiado, y supongo que en ese nada me incluía también yo. El jardín me gustaba, había algunos rincones que aún no había visitado y la exploración paulatina del mismo ya figuraba como la tarea pendiente más atractiva de mi ejemplarizante verano. Siempre he sentido cierta inclinación por los lugares recónditos e inaccesibles, y por lo poco que había visto hasta ese momento ya intuía que en los alrededores de aquel palacio del XIX podía encontrar al menos una zona de estas características.

Salvo esos instantes de relativo esparcimiento, el día a día se con-

vertía en un interminable encierro entre cuatro paredes que me mantenían alejado del mundo que yo conocía, cuatro paredes que parecían hacerse más y más pequeñas a medida que pasaban las horas allí dentro. Llegar por la mañana hasta la última de las habitaciones del Módulo Azul y atravesar la puerta me resultaba una tragedia. Antes de franquear el umbral avanzaba lentamente como si tratara de demorar en todo lo posible aquel momento, como si creyera que un minuto o dos más, en el fondo, iban a servirme para algo. Cuando comprendía el sinsentido que suponía dilatar la espera me metía en la habitación, una vez allí lo primero que hacía era soltar la mochila, después apoyaba la espalda en la pared y la deslizaba lentamente hasta quedar totalmente sentado en el suelo, tras ese descenso cerraba los ojos, tomaba aire por la boca y lo expulsaba por la nariz. Ese era mi ritual, me lo exigía a diario para mitigar la ansiedad que desde niño me producían los espacios cerrados.

«Ya queda un día menos», me decía, «seguro que hoy no va a ser tan aburrido como ayer». Pero a pesar de mis imploraciones allí los días siempre eran idénticos, y lo más descorazonador era pensar que, durante mi aislamiento, todos iban a ser absurda y mortalmente iguales.

Ante esa perspectiva no tardé mucho tiempo en empezar a hablar en voz alta. A veces mi propia oratoria me conmovía porque acostumbraba a arremeter contra aquello que envidiaba y lo hacía con excesiva vehemencia, por ejemplo, me fastidiaba pensar que fuera de aquellos muros la gente lo estuviera pasando bien, al recordar la alegría estival de playas y piscinas, sentía una punzada de rabia e impotencia que me llegaba a lo más hondo del corazón, y que no era otra cosa que el aguijón de los celos hacia cualquiera que a esas horas pudiera estar disfrutando de un verano que a mí se me negaba. Entre mis imprecaciones favoritas figuraba la lluvia a raudales seguida de una buena granizada, y no me sentía culpable ni mucho menos por desearles mal tiempo. Tampoco me hubiera importado que les nevara.

La ventana de mi habitación daba a un patio interior desde el cual se podía acceder al extremo más septentrional del jardín, las blanquísimas paredes de este patio se clavaban en mi retina y era como si con ello el verano me estuviera atravesando con impiedad. Maldecía el sol. Hubiera tapiado la ventana para olvidarme de que existía, es más, hubiera prefe-

rido mil veces estar a oscuras que tener que sufrir la peor fotofobia que nadie pueda imaginar.

Como era de esperar mi habitación carecía de cualquier clase de ornato. Era lo suficientemente sobria y austera como para invitar al estudio y a la reflexión, aunque a juzgar por mi actitud tal vez no lo bastante. Habían dispuesto en ella un tipo de mueble antiguo llamado buró. Esa palabra se la había escuchado decir a mi abuela que era una mujer totalmente afrancesada, con la particularidad de que jamás en su vida visitó el país galo, lo que para ella, sin duda, resultaba un hecho del todo irrelevante.

Pero volvamos a mi celda; el único objeto decorativo era un pequeño crucifijo de madera con incrustaciones que semejaban piedras preciosas, y que se hallaba en la pared opuesta a la del buró, justo encima del cabecero de la cama. Enfrente de ésta, alguien había colocado un armario de madera oscura de dimensiones considerables, sobre todo si se comparaba con el resto del mobiliario. Debido a la gran altura de las paredes del edificio el armario no llegaba hasta arriba, sino que desde su extremo superior hasta el techo había un hueco considerable ocupado enteramente con mantas y edredones.

Hubiese dado cualquier cosa por poder ver a alguien, por tener algún amigo allí, quizá por eso muchos días abría la puerta del armario y me observaba detenidamente en el espejo que colgaba en su interior, como esperando encontrar en mí mismo alguien diferente con quien poder conversar. Desde dentro me llegaba un fuerte olor a alcanfor que parecía llenarlo todo, que penetraba hasta mis entrañas y al cual jamás me pude acostumbrar. Serían imaginaciones mías pero al mirarme al espejo sentía como si la atmósfera se fuese haciendo más y más densa cada vez, lo que no hacía sino aumentar la inquietud que me producía ver mi imagen reflejada. Siempre pensaba que era ese reflejo el que me observaba a mí y no al revés. La sensación era tal que parecía como si un individuo totalmente ajeno me escrutara de arriba abajo, y aunque lo percibía vivamente no por ello lograba apartarme de allí. Sentía como si mis propios ojos me taladraran para recorrer después mi figura, y aquel ir y venir por mi fisonomía parecía tratar de arrancarme un único secreto; poder saber cuál de los dos era yo.

Pero el espejo no sólo me obligaba a cuestionarme aspectos fundamentales de mi identidad real, sino también otros asuntos mucho más

prosaico. El físico a mi edad era una cuestión que ya me empezaba a preocupar. En los últimos tiempos había crecido algo, cosa que yo aceptaba entusiasmado, e incluso me veía menos cara de niño. Había quien me aseguraba que iba a ser muy guapo de mayor; sin embargo, contrariamente a lo esperado, ese tipo de comentarios no hacían sino aumentar mi inseguridad, porque de ninguna de las maneras podía fiarme de mi belleza si no era ésta un valor real. Me sentía en construcción lo que dañaba un poco mi autoestima pues hubiese preferido cualquier comentario menos halagüeño sobre mi apolíneo futuro y una definición más precisa de mi físico de entonces. Tan solo quería que alguien me dijera cómo era y no cómo probablemente iba a ser, pues con ello me recordaban una vez más que todo lo bueno aún estaba por llegar.

Era proclive a perderme en ese tipo de divagaciones, lo que no significa que mi caja de inseguridades se cerrara ahí. A veces la soledad hunde sus garras en la auténtica personalidad, y saca a relucir casi de modo natural el lado más infantil de cada uno de nosotros. Yo no era la excepción, si mi imaginación se avivaba con cierta frecuencia, con más motivo lo iba a hacer en el ralo vacío de aquella habitación casi de película.

No era de extrañar que, al hallarme frente al espejo, alzara siempre la vista por encima de mi cabeza temiendo encontrarme detrás una figura espectral, porque a pesar de que jamás hubiese admitido en público que era miedoso, lo era y mucho. Por alguna razón desconocida, esa especie de pesadilla se había extraviado en lo más recóndito de mi ser y no había forma de hacerla desaparecer, así que cada vez que pensaba en ella me estremecía por completo.

Por otra parte me parecía natural suponer que si aquel lugar era una Residencia de ancianos, lo normal es que más de uno hubiese fallecido en mi cama. Llegados a ese punto mi imaginación se precipitaba por el camino del pánico sin retorno, y las opciones que se planteaban eran dos; saltar por la ventana desde aquel primer piso o correr hacia el pasillo.

Así transcurrieron los primeros días en una Residencia que me producía un miedo cerval, que me generaba ansiedad y que conseguía sacar con demasiada frecuencia lo peor de mí mismo. Después de casi cuatro días mi resentido orgullo siguió el mismo camino que ya habían tomado mis viejos ideales, así que no tardé mucho en instarle a mi madre para que me sacara de allí.

De esta forma comenzó la primera de las campañas de concienciación materna en pro de mi liberación. Musetta pasaba el verano en la playa con mi abuela, y aprovechando que mi padre estaba otra vez de viaje el trabajo quedaba reducido a la mitad, porque únicamente tenía que doblar el ánimo de mi madre por el no siempre fácil camino de la negociación. Me consideraba todo un experto en la materia y apenas me amedrentaba su actitud, que parecía no querer prestarme siquiera la más mínima atención. Pero resultó ser un muro de contención. Me mostré renuente, peleé hasta lo indecible por alcanzar el tan necesario acuerdo aunque no logré absolutamente nada, lo que terminó por derrumbar mi estrategia por entero.

Sólo unos días más tarde volví a la carga con nuevos argumentos, y lo que obtuve fue una clara advertencia disuasoria por su parte que me sirvió para comprender una cosa; que si seguía por ese camino me iba a quedar sin mi único entretenimiento diario junto a Moliner.

Mi abuela solía decir que no toda la gente que baja al metro de París reaparece después en la superficie, y puede que fuera esa frase la que me dio la idea de empezar a esconder alguna cosa en mi mochila. De momento lo hicieron un viejo libro de viajes y unos cuantos libretos de ópera.

De esa forma reanudé las prácticas aprendidas durante mi año sabbático, que no eran otras que leer mucho para poder volar con la imaginación. Lo empezaba a tener todo controlado, pues sabía que mi madre acostumbraba a hacerme un par de visitas a lo largo del día y casi siempre a la misma hora —coincidiendo con algunos de sus ratos de descanso—, así que podía calcular con cierta precisión el tiempo que disponía para leer. El libro de viajes hablaba de Australia, lo había leído ese mismo año cientos de veces y hasta tal extremo había suscitado el interés en mí, que decidí que algún día huiría a aquel país. Lo convertí en mi refugio, en un paraíso. Aquel libro era como volver a casa, de esa forma soñar se convirtió en mi terapia, y no sólo lograba atemperar mi ánimo sino que avivaba en lo más profundo mi imaginación y mis deseos de volver a ser libre. Por eso en cuanto me aseguraba de que mi madre regresaba a su trabajo yo me acercaba hasta uno de los cajones del buró, tomaba el libro entre las manos y me dejaba caer sobre la cama. Ya no pensaba en el indulto imposible porque por fin me había adentrado

en la tierra de Oz. Y aunque a veces parecía mirar hacia la ventana con expresión distraída, lo cierto es que hubiese sido incapaz de asegurar si fuera hacía sol. Mi mente estaba ya a miles de kilómetros recorriendo las interminables playas australianas. A veces, si me veía con espíritu aventurero, me bañaba rodeado de peligrosos tiburones blancos, o me adentraba directamente en el *outback*, la zona desértica del país, y llegaba hasta allí conduciendo por eternas carreteras que parecían no querer terminar jamás.

Conseguía ausentarme a menudo realizando este tipo de viajes, pero era innegable que la lenta sucesión de aquellos días de verano estaban transformando poco a poco mi carácter. El recurso de apelación fallido me había puesto en pie de guerra, y lejos de doblegarme empezaba a mostrarme cada vez más irritado. La resignación, que en un principio yo mismo había reconocido como un signo evidente de madurez, había dado paso a una rabia circunstancial, como una especie de aversión general, no sólo hacia mis padres o hacia aquella residencia de ancianos, sino hacia mí mismo. Era consciente de que no estaba siendo fiel a mi palabra, pero los ideales del año sabático habían salido volando en el mismo momento en que yo me vi encadenado a la habitación 47.

El encierro en la Residencia me parecía a todas luces un golpe bajo, un terrible contratiempo que no era capaz de encajar.

Me sentía a disgusto conmigo, era como si en mí ya no viviera el mismo de meses atrás, buscaba mi propio «yo» pero él se empeñaba en esquivarme, ¿acaso con su silencio me decía que se avergonzaba? Ya no había unidad alguna en mi interior, porque la intemperancia de mi ejército había sido de tal magnitud que antes incluso del primer estallido se había disipado. Me negaba a mí mismo el armisticio tarareando *La Overture 1812* de Tchaikovski, entre repiques de campana, trompetas, trombones y salvas de cañonazos. «Si quieren guerra la tendrán», me decía en tono laudatorio, pero no podía olvidarme de que estaba totalmente solo. Yo mismo me había abandonado y el declive era tan pronunciado que lo raro hubiera sido no caer y rodar por él.

Ocurría que mi frustración iba a menudo acompañada de un par de patadas a la cama, pese a que su rigidez acababa por causarme más daño físico que desahogo, por lo demás, trataba de controlar mi temperamento pues sabía que cualquier enfrentamiento sólo me causaría

más complicaciones de las que ya tenía. Cuanto mayor era la sensación de engaño hacia mí mismo, mayor era también el grado de culpabilidad que derrochaba hacia lo que me rodeaba. Todo eran reproches. Mis pensamientos, confusos y sin ilación, se ordenaban fielmente y de manera rigurosa para eximirme siempre de toda responsabilidad, de forma que resolví mi inocencia hasta el punto de que llegué a pensar que ante tamaña injusticia me sobrevendría un brote de locura. En el espejo hablaba con mi otro «yo» de tú a tú. Disfrutaba magnificando la injusticia de mi realidad y la modelaba totalmente a mi antojo, lo que no hacía sino enfangarme más en un lodo de absurdas justificaciones que me alejaba de cualquier intento de empatía hacia el exterior. En aquellos días hubiese querido volverme loco por el mero placer de poder cargarles a todos con el remordimiento por mi demencia.

Pero lo que no sabía, lo que no imaginaba ni por un momento es que las cosas estaban ya próximas a cambiar porque cualquier elemento puede verse inducido a una progresiva variación si se le somete a una fuerza variable, máxime si es totalmente inesperada. Y esa fuerza que ya estaba allí conmigo sin que yo lo supiera fue la que hizo que, como dijo Lampedusa, todo cambiara para que siguiera siendo igual.

Mi primer encuentro con Violeta sucedió tras uno de esos momentos en los cuales me entregaba a la lectura de mi libro favorito, y puedo decir sin temor a equivocarme, a mis treinta y cinco años, que lo que ocurrió a partir de entonces transformó no sólo aquel verano en la Residencia, sino una parte de mi vida para siempre.

Era un día como otro cualquiera, mi madre realizó la primera de las visitas que tenía por costumbre hacer, y como ya venía siendo habitual yo me entretuve más de lo normal con el loro Moliner. Aquella jornada parecía que no iba a ser muy diferente a los demás. Después de la segunda visita comprendí que tenía carta blanca durante horas para hacer lo que quisiera sin tener que salir de la habitación, aunque comenzaba a intuir, por la forma en que se estaban presentando los acontecimientos, que pronto encontraría algún sistema para pasar el menor tiempo posible allí dentro.

Recuerdo que abrí con cuidado uno de los cajones del escritorio y extraje el conocido libro de Australia, después me tumbé sobre la cama, doblé la almohada, y antes de reposar la cabeza dirigí una última mirada a

la pared de enfrente, donde observé cómo un minúsculo haz de luz incidía directamente sobre el buró, haciendo visibles cantidad de pequeñas partículas que permanecían en suspensión. Ya he hablado de mi aversión hacia ese verano, sin embargo, por una extraña asociación de ideas comencé a recordar con nostalgia las tardes estivales junto al mar, y era tan poderosa esa sensación que casi oía el ruido de las suaves olas recalando en la playa junto a mis pies. Iba imaginando cómo, a los albores del día, las gaviotas se acercaban en bandadas formando una estela negra tras los barcos pesqueros al igual que una corona de espinas centelleante, y yo mismo parecía estar allí entre ellas porque desde lo alto iba divisando los fuertes embates del mar contra el muelle. Entonces descendía en picado hasta alcanzar el agua, pero cuando me sumergía ya no era una gaviota, sino un pez extraño acercándose a un anzuelo que pronto iba a morder.

¿Será posible que aún recuerde con tanta nitidez el que fuera mi último rato de tranquilidad?

Y es que algo turbó la paz de aquel momento extraordinario. Fue como una especie de ruido confuso el que me alejó de mis ensoñaciones. Deduje que podía tratarse de cualquier cosa, los muebles eran viejos y crujían con frecuencia. Intenté olvidar aquel asunto pero por más que quise ya no pude volver a concentrarme en el episodio imaginario del mar, y menos aún en el libro de Australia.

Empecé a pensar que después de todo a lo mejor sí que me estaba volviendo loco, quizá por eso oía ruidos extraños y tal vez de ahí venía mi empecinamiento por encontrar mundos imaginarios paralelos, pero aunque no fuera así estaba dispuesto a probarme a mí mismo que era capaz de crear una situación ficticia al límite casi de la enajenación mental. Dudé inicialmente, me reí yo solo porque un acto de esa índole me resultaba descabellado, aunque bien visto, ¿por qué no habría de darme ese gustazo al menos una vez?

Calibré el asunto unos momentos. Desde luego que no era lo mismo hablar solo que empezar a dar voces y saltos en aquella habitación como un poseso. Además, podía coincidir que pasara alguien por allí y me pillara en pleno delirio.

¿Y qué importaba?

Necesitaba desahogarme, necesitaba galvanizar el ánimo caído y poder expresar en voz alta todo lo que sentía con absoluta sinceridad,

y sin el más mínimo asomo de pudor. No hay que olvidar que me sentía despojado de casi todas las libertades, así que sólo me quedaba aferrarme con fervor a la última de ellas: la libertad de expresión. Dio comienzo un juego irreverente y desatado, un soliloquio incomprensible y malcarado. Me puse en pie y después de subirme a la única silla que había en toda la habitación comencé a cantar, pero pronto me cansé, así que cogí los libros de texto que estaban sobre el buró y de un manotazo los tiré al suelo. Todo me daba igual, después abrí las puertas del armario, pensé subirme a lo alto y lanzarme desde arriba pero cambié de idea y consideré más estimulante ponerme a dar saltos encima de la cama. Teniendo en cuenta lo sedentaria que era mi vida un poco de ejercicio no me iría mal.

También quité el crucifijo. La habitación empezaba a ser un caos, y en medio de aquel desorden empecé a protestar. Me quejé de todo, de mi situación, de esa vida inmerecida y es posible que hasta de aquellos muebles tan horrorosos. Me sublevaba de manera imaginaria e incluso predije un futuro motín, luego me reía. Aquella estupenda catarsis cada vez me gustaba más, notaba que mi voz sonaba estridente, parecía estar poseído y hasta deseaba que apareciera alguien por la puerta y se creyera que había perdido la razón, ante esa previsión me sentí eufórico, exultante, incontenible. Pero por allí no pasaba nadie jamás.

—¡Odio este lugar! —grité— Lo odio y lo odiaré hasta que me mueran, y da igual si me dejan aquí otros diez veranos más, da igual si me tengo que pasar dos meses o el resto de mi vida, por mí como si me encierran dentro del armario, porque seguiría creyendo que mi año sabático ha valido la pena.

Entonces fue cuando cogí impulso y me volví a subir a la cama, empecé a saltar en ella hasta límites paroxísticos sin saber, que mi vida estaba a punto de cambiar justo en aquel momento porque podía esperar cualquier cosa, menos, claro está, que hubiera alguien escondido allí debajo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me increpó una voz femenina—. ¿No ves que estoy aquí?

Al oír esas palabras sentí que de un momento a otro se me iba a detener el corazón, me quedé paralizado, incapaz de reaccionar al ver que de debajo de la cama salía una chica más o menos de mi edad.

Se puso de pie lentamente. Pude observar que con su mano iba retirando pequeñas partículas de polvo adheridas a su vestido, después se arregló con coquetería su despeinada coleta desde la cual caían dos mechones, uno a cada lado, destacando así su blanca tez que contrastaba con el cabello oscuro. De pronto sus ojos negros se clavaron en mí.

—Lo siento si te he asustado —dijo disculpándose—, pero es que ya no podía aguantar más con tanto salto.

Yo me debí quedar blanco como la pared, y en vez de tratar de averiguar quién era ella, sólo me atreví a preguntar qué estaba haciendo ahí debajo.

—Escuchaba tu discurso, pero no me ha parecido muy práctico —respondió con naturalidad—, sobre todo esa parte en la que gritabas que no te importaba que te encerraran dentro del armario. Es una torpeza insinuar algo así cuando se tiene claustrofobia. Imagínate que Aquiles hubiera dicho que su punto débil era el talón. Me sigues, ¿verdad?

Claro que la seguía. Rígido como una estatua, pero la seguía.

—Me ha gustado cuando te has puesto a cantar, vibraba hasta la cama —y añadió—. No se puede negar que tienes buena voz. A Winona le ha encantado.

¿Que a Winona le había encantado? ¿Es que había más gente escondida?

De pronto dio un fuerte estirón y de debajo de la cama sacó una muñeca. Me sorprendió su rapidez de movimientos. Violeta era menuda y parecía ágil, aunque todo en ella era muy extraño. Por si acaso yo me mantenía a una distancia prudencial evitando acercarme demasiado.

—¡Qué cara de aburrimiento tiene la pobre! No soporta estar aquí encerrada —y añadió burlonamente—. Sois tal para cual.

Escucharla resultaba chocante. A decir verdad, desde el principio la consideré algo mayor como para andar jugando con muñecas, pero demasiado joven como para hablar de esa forma. Pronto me sobrevino un brote de incredulidad, como si sospechara que lo que estaba viendo en realidad solo estaba sucediendo en mi cabeza. Si lo estaba imaginando, definitivamente mi demencia era ya una realidad, ¿pero cómo saberlo? ¿Cómo aclararle a mis sentidos si era o no real?

Pues preguntádoselo a ella.

Solté la frase y al principio parecía que iba a reírse pero cambió de idea y respondió.

—Has cometido un error de percepción, porque después del discurso que te has marcado, él único que no parece real, ni muy normal que se diga, eres tú —miró alrededor y añadió—. ¿Tú has visto la que has montado?

Recuerdo que me sonrojé hasta las cejas y con torpeza me puse a recoger la habitación.

Pronto averigüé que aquél no había sido su primer allanamiento de mi sobria morada. Violeta solía aprovechar los ratos en que yo me ausentaba de la habitación para campar a sus anchas, y por lo visto eso era algo que llevaba haciendo casi desde que yo entré en la Residencia. Pero no siempre se escondía debajo de la cama.

A veces, con la ayuda de una escalera que había junto al armario, se subía a lo alto de éste cubriéndose con las mantas para no ser descubierta, así, desde su privilegiada atalaya me había observado en silencio sin que yo me diera cuenta, me había escuchado cuando hablaba solo y supongo que para cuando quiso que reparara en su presencia ya me conocía lo suficientemente bien como para saber más sobre mí que yo mismo. Lo que de entrada me garantizaba no pocos problemas.

Admito que en nuestro primer encuentro mi capacidad de reacción fue nula, y eso era algo que en los días siguientes yo me reprochaba de continuo. No entendía mi inoperancia para responder algunos de sus comentarios, era evidente que no había estado a la altura de las circunstancias y para un par de preguntas que formulé, casi mejor no haberlas siquiera planteado, porque ella aprovechó para criticar mi discurso y ni siquiera me atreví a decirle que no era más que un desahogo, una simple fantasía producto de tantas horas de encierro en un lugar donde, dicho sea de paso, había creído estar solo. Pero pronto supe que para Violeta el derecho a la intimidad era algo que parecía no existir.

Así que durante días me afané por recordar aquel momento, pero al hacerlo cambiaba los papeles para quedar siempre por encima. Se me ocurrían a posteriori comentarios agudos, ideas mordaces, era irónico y mi voz carecía ya de ese tono lastimero. De esta forma pinté el cuadro a mi medida, y lo saboreé con fruición vengándome de ella con cada una de las pinceladas de rencor.

Pero la realidad, quisiera o no, había sido otra porque en aquel encuentro Violeta se había mostrado frente a mí como dueña y señora de

una situación que lejos de incomodarle le gustaba, como una ángel que velaba sin ser llamado, como una muñeca de tez blanquísima y mirada penetrante, incapaz de doblegarse ante nadie y mucho menos ante mí. Gracias al factor sorpresa Violeta pudo tejer sus redes sin ningún miedo, y no tengo la menor duda al afirmar que el poder que ejerció sobre mí desde el principio se basó en la aplastante seguridad que demostró tener el primer día, y que como un veneno paralizante me fui inoculando lentamente sin que apenas lo pudiera yo notar.

Así que mi vida en la Residencia cambió radicalmente desde ese momento, de entrada yo ya no vivía solo en la 47. Cada vez que accedía a la habitación por la mañana sentía una turbación extraña, podía decirse que en primero intuía su presencia y luego trataba de cerciorarme de que realmente ella estuviera allí.

A Violeta le gustaba mucho subirse a lo alto del armario.

Al principio yo solía alzar la vista, oteaba vagamente ese horizonte confuso que se formaba ante mí cuando elevaba los ojos hacia el armario, y entonces la buscaba, no con alegría sino más bien como una pesada carga que ella misma me imponía. El problema era que, con aquellos techos tan altos, la parte superior del armario sólo era una masa oscura, de manera que si Violeta estaba tumbada resultaba imposible verla. Y ella lo sabía bien. Así que todos los días tenía que repetir la misma operación, primero arrastraba el pesado buró y después me subía encima de él para comprobar que efectivamente ella estuviera allí.

Las primeras veces la llamaba desde abajo pero como nunca obtenía respuesta pronto cambié de idea. Esa era su edificante manera de decirme que sólo había una forma de hacer las cosas, y era hacerlas siempre como ella quería. Pero lo cierto es que casi siempre estaba allí arriba sentada, con la espalda apoyada en la pared, junto a su inseparable muñeca. Entonces me miraba de una forma inexpresiva, como si estuviera esperando una sola razón para mostrarse indulgente conmigo. Razón, que al parecer por mi culpa, nunca acababa de llegar. Después me repetía siempre la misma frase «llegas tarde, Luc». Y me lo decía con una media sonrisa y un tono insidioso que conseguía agotar buena parte de mi dosis de paciencia de ese día. Me crispaba los nervios que controlaran mi vida y que emplearan un diminutivo de mi nombre.

—¡Me llamo Lucien! —insistía a diario—, no Luc.

Después me miraba con una pesada extrañeza.

—Pues a mí me gusta más Luc. La gente no debería poner ciertos nombres a sus hijos.

—¿Por qué no?

—Las cuestiones antroponímicas marcan de por vida.

—¿Las qué?

—Déjalo, con semejante nombre normal que seas tan raro.

¿Raro yo? Eso me lo decía alguien que había salido de debajo de mi cama, como si fuese una de esas pesadillas horribles que tanto me atormentaban en la niñez, que para colmo acababa de emplear una incomprendible palabra de seis sílabas. ¿Si yo era raro entonces ella qué era?

De esta forma tan peculiar Violeta esbozaba a retazos lo que fueron los primeros signos de su presencia, y lo hizo con una introducción algo vaga y confusa, como si no quisiera desvelarme ninguno de los motivos que la habían llevado a estar allí. Al principio intentaba figurarme las cosas, imaginarme cuál era la causa real de ese empecinamiento suyo por estar conmigo, pero lo cierto es que me veía incapaz de averiguarlo. Trataba de entrelazar ideas, pero cuando las creía ya hilvanadas el conjunto se deshacía en mis manos, teniendo por ello que volver a empezar.

Un día me explicó que sus padres habían muerto en un accidente de tráfico unos años atrás, y que por eso vivía en la Residencia. A mí me pareció del todo extraño que no tuviera un hogar como todo el mundo, pero al rato acabé aceptándolo como una de esas verdades incuestionables que a veces se nos plantean en la vida, y que aun siendo dudosas se acaban creyendo casi por pura comodidad. Yo procuraba no hacer preguntas, si ella me contaba algo simplemente guardaba esa información y me olvidaba. No me interesaba demasiado su vida, quizá porque ella había irrumpido con demasiada brusquedad en la mía y no terminaba de sentirme cómodo con aquella situación. También me decía que quería ser actriz, entonces la observaba con tal escepticismo que hubiera dado igual si me hubiera dicho que quería ser ministra. Supongo que debió intuir pronto ese desinterés mío porque no tardó en ofrecerme un pacto. Si prometía no hablarle a nadie de ella, yo no tendría que preocuparme más por la lectura dentro de mi celda, porque Violeta me proporcionaría libros suficientes como para pasar el verano entero entretenido. Decía que se los prestaban, pero como es lógico eso nunca me lo terminé de

creer. Sin embargo, las ventajas que me prometía la compañía de Violeta no terminaban ahí, lo mejor de todo era su finísimo oído. Yo acostumbraba a decirle que lo suyo no era un oído sino un radar, y pronto le encontré una utilidad excepcional cuando le pedí que me avisara si creía que mi madre se acercaba a la habitación. Solo por eso ya se había ganado mi silencio de por vida, aunque no podía decirse que fuésemos amigos, me resultaba necesaria para sobrevivir en la Residencia, por esa razón acabé cediendo algo de libertad a cambio de satisfacer mis deseos de lectura, de esta forma acepté su presencia con resignación y empecé a verlo como algo normal. Ella ordenaba y yo no era quien para replicar.

Violeta era inteligente, su locuacidad me irritaba, especialmente el hecho de que tuviese siempre una respuesta para todo, incluso a veces parecía adivinar mis pensamientos, entonces me decía con un guiño que todo lo aprendía del loro Moliner.

Me molestaba su altanería porque no estaba acostumbrado a ser tratado así, hasta que la conocí mi éxito venía jalonado por el continuo servilismo de quienes me rodeaban, lo que me garantizaba de inmediato una superioridad más que dialéctica, sobre todo en el ámbito escolar.

Estaba acostumbrado a destacar y el hecho de que ella sobresaliera por encima de mí con sus comentarios, era algo con lo que no contaba. Pronto empecé a tener la sensación de que era más lista que yo, pero eso jamás lo hubiese admitido por evidente que fuera, aunque me temo que todo esto que estoy contando Violeta ya lo había adivinado.